

Foto 1

Siete de las gigantescas estatuas de piedra reinstaladas en la plataforma de Ahu a Kivi, en la Isla de Pascua. Este centro ceremonial fue restaurado en 1960. Las pruebas del carbono 14 demuestran que este ahu, relativamente tardío, fue construido a mediados del siglo XV de nuestra era. (Foto G. Figueroa).

Reflexiones sobre el Ombligo del Mundo¹

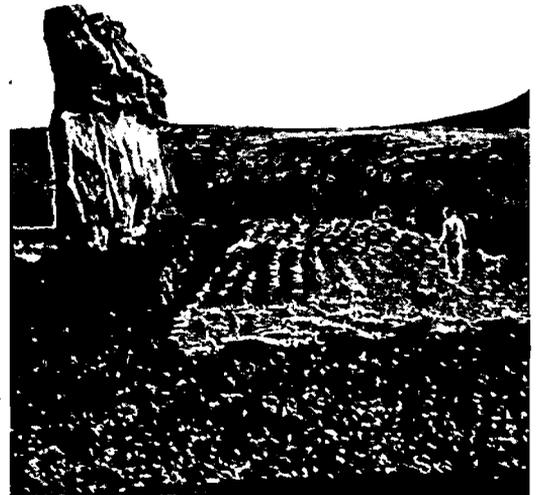
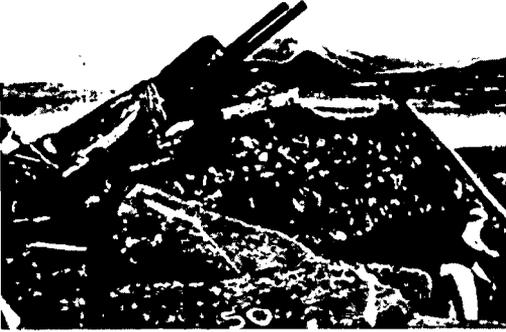
William Mulloy

»La lucha por alimentar a la humanidad ha terminado. En la década de 1970 el mundo sufrirá hambre... No importa en qué programas radicales nos embarquemos ahora; cientos de millones de hombres morirán de hambre. Nada es más engañoso para nuestros hijos que la rica sociedad de hoy, porque heredarán un mundo totalmente distinto en el que las normas, la política y la economía de la década de 1960 habrán dejado de existir«. Muchos han leído estas ominosas palabras en el prólogo de *The Population Bomb*, el reciente libro de Paul Ehrlich, profesor de Biología en la Universidad de Stanford, y la mayor parte han preferido olvidarlas, porque es demasiado doloroso tenerlas presente. Nos ha tomado bastante más de un millón de años poblar el mundo con más de tres mil

millones de seres humanos. La mayoría de nosotros encontramos en ese espacio de tiempo, cifras y, sobre todo, sus terribles implicaciones, de una vastedad tal, que les roba toda significación. En verdad, la evaluación es difícil.

Una distante isla chilena, llamada por sus prehistóricos habitantes Te Pito o te Henua, o el Ombligo del Mundo, ilustra la naturaleza esencial del problema dentro del

¹»Contemplate the Navel of the World«, artículo aparecido en la revista *Americas*, Secretaría General, Organización de los Estados Americanos, Washington, Vol. 26, N° 4, abril, 1974; y en la versión española de la misma revista, bajo el título »Sobre el Ombligo del Mundo«, en traducción que ha sido revisada para esta publicación de Anales.

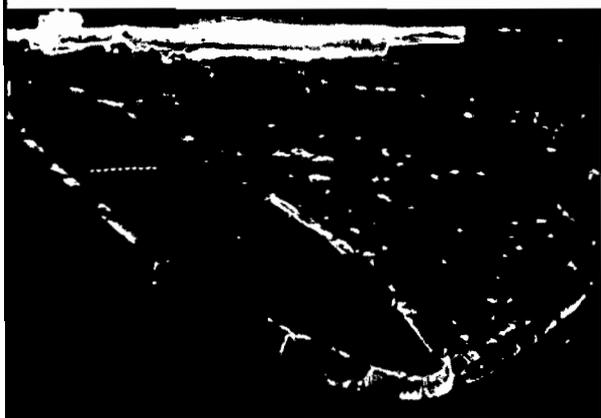


Ahu a Kivi, en 1960; primera reconstrucción efectuada en la Isla. Arriba, a la izquierda: una estatua es alzada progresivamente con palancas y sirviéndose de un montón de piedras y tierra como apoyo. El método es similar al empleado por los isleños en tiempos prehistóricos. Arriba, a la derecha: Preparación de la cabeza de una estatua quebrada para colocarla sobre su cuerpo ya levantado. La misma había sido rota por los isleños, quienes a ese efecto la precipitaron sobre una filosa piedra. Abajo, a la izquierda: La cabeza de uno de los gigantes es colocada de nuevo sobre sus hombros. Abajo, a la derecha: Cada una de las siete estatuas pesa dieciséis toneladas. La plataforma tiene una extensión de 90 metros. (Fotos G. Figueroa).

contexto limitado en que, al menos el que esto escribe, puede comprenderlo mejor. Esta diminuta extensión de tierra, conocida hoy como la Isla de Pascua, es uno de los lugares habitados más aislados por el mar de todo el planeta. La investigación de éste en alto

grado independiente escenario de lucha por la supervivencia está empezando a revelar, dentro de su ámbito microscópico, sorprendentes paralelos con el gran problema del mundo en su totalidad.

El universo en miniatura que nos ocupa tiene



Arriba: Ahu Vai Uri, uno de los tres ahu de que consta el espectacular centro ceremonial llamado Tahai, durante el proceso de restauración, en 1970. Cuando se tomó la fotografía sólo dos de las estatuas habían sido reinstaladas.

Centro: El ya restaurado cimiento de la casa de los sacerdotes de Ahu Vai Uri, en Tahai, permite imaginar una canoa puesta hacia abajo, forma que caracterizó este tipo de habitación.

Abajo: La rampa pavimentada para facilitar el traslado de las canoas desde la orilla (en primer plano), constituye una de las varias estructuras que comprende el complejo ceremonial de Tahai. (Fotos W. Mulloy).

sólo veintidós kilómetros de largo y es la isla situada más hacia el este dentro del archipiélago polinesio. Las laderas convergentes de tres grandes volcanes, antes boscosas y hoy cubiertas de hierba, constituyen un triángulo de unos 160 kilómetros cuadrados de buena tierra volcánica, entrecortada por corrientes de lava y salpicada de conos secundarios. Unos 2.200 kilómetros al oeste la separan de Pitcairn (famosa por los amotinados del Bounty), la más próxima de las islas habitadas, y hay que navegar unos 3.500 kilómetros hacia el este antes de alcanzar la costa de Sudamérica. Su situación, próxima al límite de la zona tropical con la templada del hemisferio meridional, le permite gozar del más suave y agradable clima. En su mayor parte, las costas están constituidas por acantilados rocosos con pocas playas y sin buenos fondeaderos. Aunque la plataforma submarina de la Isla se precipita abruptamente desde el litoral a las profundidades, impidiendo la formación de arrecifes de coral y lagunas costeras, la pesca es bastante abundante.

No hay noticias de que los prehistóricos polinesios o los indígenas americanos hayan sido capaces de salvar, mediante una navegación sistemática y precisa, las enormes distancias que separan a esta isla del resto del mundo habitado, y así, este remoto paraje pudo haber sido poblado por uno, o más probablemente varios pequeños grupos de viajeros perdidos sin posibilidades de retorno a sus tierras de origen. Canoas cargadas de tales errantes criaturas habrían llegado en distintos y espaciados momentos. Investigaciones comparativas sugieren que estos contingentes deben haber llegado de las Marquesas y de Mangareva, aunque en algunos casos, también pueden haber estado constituidos por indígenas sudamericanos y habitantes de otras islas del Pacífico. Esas felices recaladas no habrían sido frecuentes y los que sobrevivían tenían que desenvolverse en un ambiente nuevo, con sensible falta del estímulo de ideas externas, tan vital a las comunidades de la mayor parte del mundo. Sin embargo, en notable contraste con la experiencia de otros pueblos aislados, y por ra-

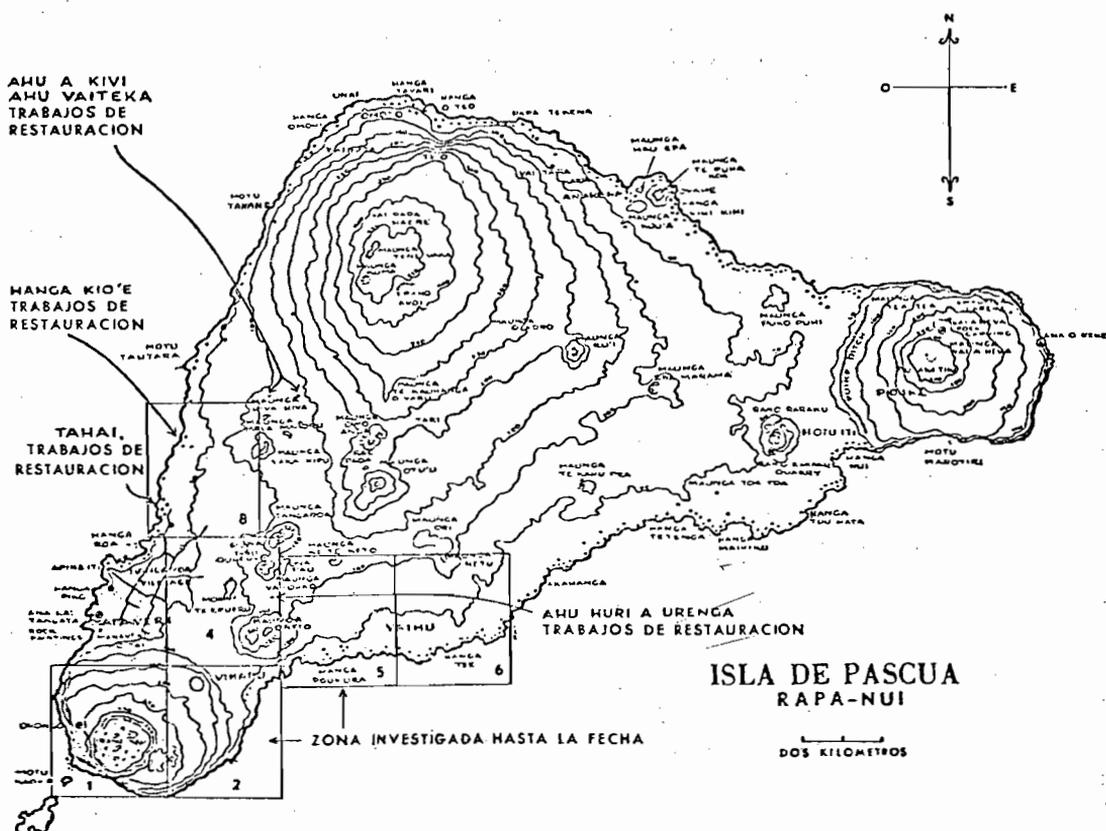
zones en su mayoría aún ignoradas, estas gentes desarrollaron una cultura asombrosamente compleja, que presenta símbolos de adelanto tales como un lenguaje escrito, aún indecifrado y sin relación con ninguna otra escritura conocida; una sociedad con un definido sistema de clases y suficiente poder coercitivo para reunir numerosa fuerza laboral al servicio de espectaculares obras públicas; un clero organizado; un conocimiento metódico de los movimientos solares; una impresionante arquitectura religiosa que utiliza piedras de varias toneladas de peso cortadas con toda precisión; un arte escultórico en piedra que produjo alrededor de mil estatuas, algunas de las cuales pesan cientos de toneladas, así como los procedimientos en materia de ingeniería necesarios para transportarlas y levantarlas. Dentro de las inusitadas condiciones de aislamiento dadas, estos logros denotan la existencia de una comunidad extraordinariamente laboriosa y suscitan genuina admiración. Un más claro entendimiento de las fuerzas que los motiban, enriquecería notablemente nuestro conocimiento teórico del mecanismo del progreso cultural en general.

Como la explotación del Pacífico fue una de las últimas emprendidas por el hombre, el florecimiento de estas realizaciones culturales hubo de ser tan rápido como independiente. La fecha más remota establecida hasta hoy mediante la prueba del carbono 14 es el año 690 de nuestra era, y se refiere a la época de construcción de uno de los muchos gigantescos altares al aire libre, empresa arquitectónica que no podría ciertamente ser la primera de inmigrantes recién llegados. Sin duda, desde muchos años antes, se venía desarrollando una comunidad, y resulta por lo tanto razonable suponer que ya había un pueblo establecido allí hace alrededor de dos mil años.

Aunque el acervo de ideas traídas de las tierras de origen, puede haberse enriquecido en forma insospechada con los aportes provenientes de un considerable número de islas, y quizás también del continente sudamericano, otra importante clave de es-

tímulo para el progreso hubo de proporcionarlo sin duda una curiosa modalidad de la expresión religiosa, derivada de ideas extendidas por toda la Polinesia. Desde luego, con anterioridad a la fecha más antigua determinada por la prueba del radiocarbono, estos isleños se habían lanzado con verdadera obsesión —inigualada en el resto del Pacífico— a la tarea de construir los más notables edificios y esculturas religiosas. Ello habría de servir de orientación a mucho de lo que luego aconteció. El típico producto arquitectónico resultaba una variante del altar polinesio al aire libre, llamado *ahu* en la Isla. Santuarios similares, aunque menos espectaculares, pueden encontrarse en muchas otras islas de la Polinesia, donde con frecuencia se les llama *marae*. El *ahu* de la Isla de Pascua era una alargada plataforma de mampostería que podía alcanzar hasta cerca de doscientos metros de longitud y siete metros de alto. Se construían generalmente a lo largo y muy cerca de las costas y frecuentemente incluían piedras perfectamente ajustadas, sin necesidad de argamasa, que pesaban varias toneladas. Por el lado que daba frente a la Isla, descendían de aquellas plataformas rampas pavimentadas que enmarcaban las espaciosas plazas en que se reunían para rendir culto. Hacia el interior, se encontraban las hileras de casas ocupadas por los sacerdotes. El pueblo parece haber habitado todavía más al interior. Con el tiempo, la mayor parte del litoral quedó guarnecido por cientos de estos santuarios que se extendieron tierra adentro. Los *ahu* se agrandaban y reconstruían a medida que aumentaba la capacidad de sus dueños y, en forma que se asemeja a las motivaciones de nuestra sociedad actual, se les añadían nuevas y más ostentosas características.

En algún momento de este período de esplendor arquitectónico comenzaron a esculpirse y erigirse estatuas de piedra, aisladas o en filas, en las plataformas de los *ahu*. Estas figuras, según leyendas locales, representaban seres ancestrales de especial significación religiosa, y se creía que en ellas residía el poder impersonal y sobrenatural, llamado *mana*, que protegía a las comunidades que



Mapa de la Isla de Pascua, hecho por el autor del artículo, donde se muestra el avance de los trabajos de restauración (1974).

las poseyeran. Las esculturas más antiguas tendían hacia formas humanas, naturalistas y crudas que llegaron a adquirir una dimensión gigantesca y un estilo local repetido hasta el infinito, en tal alto grado distintivo, que ha llegado a ser identificado en el mundo de hoy como la característica especial de la Isla de Pascua. La mayor de estas ceñudas y desdeñosas figuras transportada a un altar, pesa más de ochenta y tres toneladas y sobrepasa los diez metros de altura. Ejemplares sin terminar, del doble de esa altura, evidencian la ambiciosa confianza en sí mismos de aquellos ingenieros desaparecidos largo tiempo ha, que al parecer, hasta se sintieron capaces de acometer el transporte y erección de esos colosales monolitos.

La mayoría de las estatuas fueron talladas en una toba volcánica de un color amarillento, que se encuentra en una gran cantera

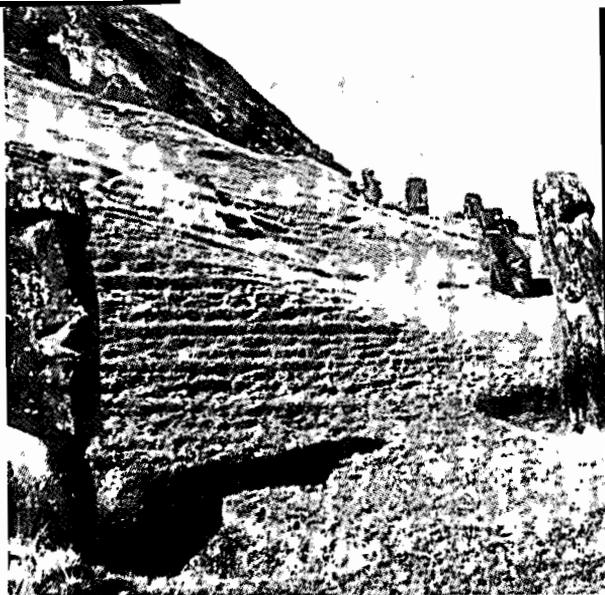
en las empinadas laderas del interior y exterior del gran cono satélite llamado Rano Raraku. Allí eran casi totalmente terminadas, incluyendo finos detalles, antes de ser desprendidas de la roca viva y bajadas al llano. Más de doscientas figuras sin terminar quedan actualmente en la cantera como ejemplo de cada fase de un proceso escultórico altamente sistemático. Otras se alzan al pie de las laderas, aparentemente en espera de ser transportadas a sus *ahu*.

Las estatuas se llevaban boca abajo por caminos preparados al efecto y probablemente sobre rastras de madera tiradas por muchos hombres. Los detalles de las técnicas utilizadas permanecen en el misterio. Evidencias existentes indican que los cientos de estatuas que se erguían sobre las plataformas de los altares, fueron levantadas gradualmente, y a medida que eran elevadas

con largas palancas, se iban construyendo bajo ellas soportes de piedra. Cuando las estatuas se hicieron más grandes y mejoraron los métodos de ingeniería, voluminosos tocados o turbantes cilíndricos, llamados *pukao*, empezaron a colocarse sobre la cabeza de algunas de aquellas gigantescas figuras. Estos tocados, para que contrastaran, se tallaban en la escoria volcánica roja de la cantera de otro cráter llamado Punapau, desde donde los hacían rodar hasta el correspondiente *ahu*. La delicada mecánica necesaria para equilibrar un *pukao* de once toneladas sobre la cabeza de una estatua de diez metros de altura, puede muy bien ser el más notable logro mecánico obtenido por aquellos isleños. Hoy sólo podemos especular sobre cómo lo hicieron.

Las obras religiosas sirvieron de estímulos a otro tipo de construcciones. La red de caminos, con sus cortes y rellenos que facilitaban el transporte de estatuas y tocados, era extensa. Se hicieron rampas pavimentadas hasta el mar que permitían llevar a tierra canoas de gran tamaño, resolviendo así el problema de la escasez de playas adecuadas. Se cubrieron de mampostería túneles volcánicos de formas fantásticas que sirvieron de habitación y refugio, o para otros propósitos menos claros. Las piedras talladas con precisión que constituían los cimientos de las casas en forma de bote, con techo de paja, que ocupaban los sacerdotes, pueden verse en los alrededores de cualquier *ahu*. Torres cilíndricas, cuyo propósito se desconoce, están esparcidas a lo largo de las costas, mientras que plataformas para cremaciones reflejan los ritos funerarios, y miles de bajo-relieves, algunos de proporciones extremas, adornan las superficies propicias de las rocas. En el aspecto agrícola, terrazas y recintos para el cultivo, con muros de piedra, atestiguan la cuidadosa atención que se prestaba a la conservación de los limitados recursos en materia de suelos.

El centro ceremonial de Orongo, montado como a horcajadas sobre la estrecha cresta del cráter de un kilómetro y medio de ancho del volcán Rano Kau, cuenta con cuarenta y siete casas de mampostería y era el escenario



Las estatuas de la fotografía, parcialmente enterradas, constituyen una evidencia documental de la guerra civil que asoló la Isla. Estos gigantes de Rano Raraku nunca llegaron a su destino y, en general, todas las construcciones quedaron paralizadas debido a luchas intestinas ocurridas varios siglos antes del arribo de los europeos. (Foto G. Figueroa).

de los ritos religiosos anuales durante los cuales atletas especialmente entrenados, debían ir nadando en aguas infestadas de tiburones hasta el islote de Moto Nui. El que tuviera la suerte de encontrar y traer de regreso el primer huevo de la golondrina parda de mar, ganaba para su jefe privilegios ceremoniales extraordinarios que duraban todo un año. Esta búsqueda del huevo de la Isla de Pascua formaba parte de los rituales de primavera dedicados al culto del *Manutara*, nombre que se daba a la golondrina de mar, y parece haber sido una característica tardía de las prácticas religiosas.

Para poder distraer grandes contingentes de personas en la construcción, la escultura, las actividades religiosas y otras labores no productoras de alimentos, aquella sociedad necesitaba de un equilibrio tan delicado y preciso, como el que permitía mantener sobre las imágenes de los seres ancestrales, los grandes tocados de piedra. Leyendas aún recordadas narran detalles de una teocracia organizada en clases bien definidas con sus grupos especializados de sacerdotes, escultores, albañiles, pescadores, agricul-

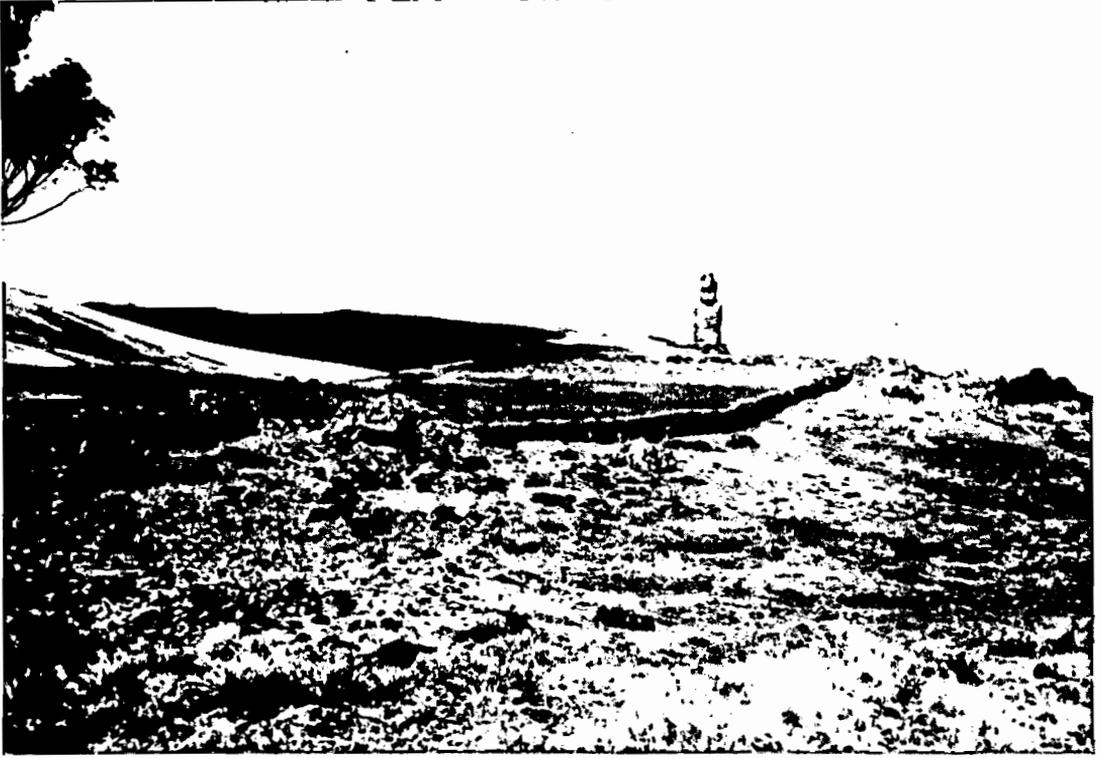


Estatua igual a la que se yergue sobre la plataforma central del Ahu Ko te Riku, en Tahai. La estatua pesa unas veinte toneladas y fue levantada en 1968. (Foto W. Mulloy).

tores, etc. Progresivamente se fue cortando la vegetación natural para poder disponer de más tierras que dedicar al creciente número de explotaciones agrícolas. Estas llegaron a extenderse hasta los suelos agrícolas más marginales. El dominio del paisaje natural era intensivo e indudablemente efectivo para servir al propósito social del momento. Este pueblo, en el pináculo de su desarrollo, debe de haber experimentado gran confianza en el futuro y en la indestructibilidad de sus realizaciones. Como ocurre con el hombre del siglo xx, fue, en lo que a tecnología se refiere, un pueblo triunfador. A salvo bajo la protección del poder sobrenatural de sus antepasados deificados, estos laboriosos isleños deben haberse regocijado con la firme certeza de que sus grandes éxitos eran perdurables. Las imágenes de sus antepasados se alineaban a lo largo de las costas como baluartes impenetrables contra los misteriosos peligros del vasto mar solitario, y miraban tierra adentro con orgullo el adelanto alcanzado por sus descendientes.

Pero el desastre se cernía sobre ellos y no habría de venir de allende los mares. Ciento sesenta kilómetros cuadrados constituían un medio ambiente reducido y, con el énfasis creciente que ponían en las construcciones religiosas que tanta labor exigían, los que estaban dedicados a la producción de alimentos debían hacerlo continua y eficientemente. El potencial de esta producción probablemente no se agotó nunca por completo, aunque sus límites pudieran haberse aproximado. Se dependía, sin embargo, del mantenimiento ininterrumpido de lo que tiene que haber sido una organización social altamente coordinada, dentro de la cual la más leve alteración no dejaría de hacerse sentir agudamente sobre muchos de ellos. Una leyenda se refiere a las perturbaciones y disensiones suscitadas al proponerse la idea de mejorar la productividad agrícola aumentando las tierras cultivables a base de quitar las piedras de la superficie y tirarlas al mar. Las animosidades así generadas habrían producido sus reacciones usuales y, eventualmente, dos grupos, el Hanau Eepe y el Hanau Momoko, sostuvieron una gran batalla a lo largo de una línea atrincherada en las laderas del volcán Poike. El primero de estos grupos se dice que fue prácticamente exterminado. Las pruebas del radiocarbono y la investigación genealógica coinciden en que tan decisivo conflicto tuvo lugar alrededor de 1680.

Pareciera que una nueva era comenzaba, probablemente debido a que la devastación de la guerra interrumpió la producción de alimentos, la aristocracia religiosa establecida de antiguo perdió su control esencialmente mágico, y el pueblo degeneró en bandas hostiles entre sí, conducidas por nuevos líderes guerreros llamados *matatooa*. El hasta entonces eficiente equilibrio económico se desintegró. Las cosechas fueron quemadas y los agricultores no podían dedicarse a sus labores sin peligro. Los pescadores también eran importunados. En resumen, aquella coordinación que había proporcionado alimento a muchos de aquellos que no se dedicaban a dicha producción, no pudo sostenerse más. Aunque en tiempos anteriores



Ahu Huri a Urenga, al este de la villa de Hanga Roa, restaurado en 1972. Se advierte el muro de cantería que bordeaba la plaza donde tenían lugar las reuniones ceremoniales.

el canibalismo pudiera haber existido, como parte del ritual religioso, éste se convirtió ahora en actividad práctica y se cazaba gente para alimentarse. Las leyendas de esa época narran los padecimientos de los fugitivos que se escondían en las cuevas huyendo de los depredadores humanos y relatan horribles atrocidades.

La construcción de edificios y esculturas religiosas, consideradas esenciales para ganar la ayuda sobrenatural se hizo difícil para luego tornarse imposible. Debido a que los grupos de trabajadores no estaban seguros cuando se alejaban de su territorio, cesaron las labores de talla de las grandes figuras en la cantera del Rano Raraku. Aún en nuestros días el lugar comunica elocuentemente su mensaje de catástrofe, de esperanzas fallidas y de proyectos súbitamente abandonados. Cientos de gigantescas obras de arte quedaron sin terminar y miles de azuelas y picos de piedra todavía yacen donde los abandona-

ron los artesanos. También los caminos, con las estatuas tiradas una tras otra a todo el largo de ellos, dan mudo testimonio del precipitado fin de aquellos trabajos y de la triste renuncia a los esfuerzos por obtener la recompensa sobrenatural. El derribamiento de las estatuas en los altares se convirtió en depredación típica, probablemente en un intento de destruir el poder sobrenatural con que se las creía investidas. En algunos casos, las estatuas pueden haber sido derribadas y la estructura misma del *ahu* destruida, más que por grupos enemigos, por los propios dueños una vez perdida la fe en su ayuda divina. Con frecuencia estos actos de vandalismo se llevaron a cabo con frío y calculado espíritu de venganza, colocando verticalmente losas de piedra sobre las cuales al caer la figura, se le quebraba irremediablemente el cuello. La hermosa mampostería de los altares fue arrancada y las grandes piedras fueron dispersadas. Esta destrucción

continuó hasta que no quedó estatua en pie sobre los altares, y los sobrevivientes conocieron sólo los escombros de una arquitectura lograda con tan duro esfuerzo. Estas irracionales reacciones parecen indicar que el pueblo hubiera sido llevado, por condiciones intolerables, más allá del límite de sus fuerzas, y es aquí donde se establece un claro paralelo con muchos sucesos conocidos en nuestro siglo xx.

La cremación de los muertos, antes objeto de los ritos más solemnes, dejó de llevarse a cabo, probablemente debido a que la clase sacerdotal que se encargaba de ello era ya inoperante, y, así, un gran número de inhumaciones, en su mayoría sin las formalidades de rigor, empezaron a hacerse en las ruinas del *ahu*. En marcado contraste con lo que ocurre en los periodos anteriores, las armas son los objetos más comúnmente encontrados en los depósitos arqueológicos de estos tiempos. La tierra quedó abandonada y, en las antiguas plantaciones creció una hierba corta y rala muy diferente de la protectora vegetación original. La humedad que aquella vegetación y los cultivos retenían, se filtraba ahora rápidamente al subsuelo y escapaba hacia el mar. El nivel cultural general decayó sensiblemente y la población decreció hasta un número estimado en tres o cuatro mil personas, cuando la Isla fue descubierta por el holandés Jacob Roggeveen el domingo de Pascua de 1722. Tanto él como los otros tres exploradores que en el siglo xviii le siguieron, encontraron los remanentes de un pueblo cada vez más incapaz de igualar los logros del pasado y que sobrevivía apenas en una tierra empobrecida cubierta de hierba, que escasamente retenía el agua.

Los conflictos locales continuaron, reduciendo la capacidad de resistencia de esta desorganizada y vulnerable comunidad, hasta hacerla fácil presa de los traficantes de esclavos y balleneros del siglo xix. En efecto, la goleta Nancy, que partiera de New London, Connecticut, Estados Unidos de América, se llevó como esclavos a veintidós isleños en 1805, estableciendo una costumbre que culminó entre 1859 y 1862, en las incursiones sistemáticas llevadas a cabo por traficantes

peruanos que se llevaron alrededor de mil personas y las trasladaron al continente para hacerlas trabajar en los campos. El obispo de Tahiti, con la ayuda del gobierno francés logró un año después la repatriación de los que sobrevivieron al trabajo excesivo y a las adversas condiciones de vida y que, por entonces, eran sólo unos cien. De ellos, sólo quince soportaron el malhadado viaje de regreso y pudieron volver a contemplar las ruinas del Ombligo del Mundo, pero llevaron la antes desconocida viruela y ésta, junto con otras nuevas enfermedades, hizo estragos entre los que lograron escapar de las garras de los traficantes de esclavos. Más tarde, unos cuantos isleños fueron llevados a Mangareva y a Tahiti para trabajar en el campo. En 1877 se estimó en 111 personas la población que quedaba en la Isla.

Así, las incursiones de los esclavistas y su secuela escribieron el epílogo de una cultura espectacular, pero que pareciera haber sido incapaz de habérselas con una población demasiado numerosa para mantener las relaciones sociales que le permitieran adaptarse a su minúsculo ámbito vital. Cuando quedó destruido el delicado equilibrio económico, se echaron las bases para los tristes eventos posteriores. Muerta la aristocracia religiosa, los rituales y las ceremonias, los valores que habían dado sentido a la vida quedaron en gran medida olvidados. Nadie podía ya interpretar la literatura jeroglífica, y las tablas en que se inscribiera fueron utilizadas como leña para aliviar la escasez de combustible en esta tierra ahora casi sin árboles. Las ruinas arquitectónicas quedaron sólo como tristes recuerdos de mejores días, y asombro de los visitantes. El puñado de infelices y desmoralizados sobrevivientes había llegado a un profundo nadir cultural.

Aconteceres más recientes nos hacen sospechar que, en forma típicamente humana, no se han aprovechado las lecciones de este devastador pasado. Por el contrario, mucho sugiere que esta desgraciada historia pudiera repetirse. En 1888 el Ombligo del Mundo pasó a formar parte de la República de Chile y, hasta muy recientemente, fue sólo una hacienda de ovejas. Algunos isleños encon-

traron trabajo en la explotación ganadera y en otras nuevas labores para complementar la pesca y el cultivo en la nuevamente abundante tierra nativa. Habíase introducido la fe católica, y gradualmente, se abrían paso diversas ideas de la civilización foránea, entre ellas, las técnicas médicas. Con los recursos del suelo y del mar ahora suficientes para suplir las necesidades de la diminuta comunidad que se salvara, el futuro parecía brillante y el deseo de sobrevivir renacía poco a poco. En 1886, la población alcanzaba la cifra de 155 personas; en 1900, 213; en 1934, 456; en 1955, 842 y en 1969, 1.432. Hay ahora, 1.619 isleños y, desde 1877 el aumento anual de población ha sido de casi el 5 por ciento. Si esta tendencia continúa, dentro de diez años habrá más de 2.200 y, en treinta años más llegarán a casi 6.000. La corriente inmigratoria procedente de Chile continental que ya ha empezado, aumentará sensiblemente la cifra calculada. Debido a los contactos con el mundo exterior, actualmente intensificados, las predicciones del Dr. Ehrlich hacen sospechar que, esta vez, el destino del Ombligo del Mundo puede fundirse y confundirse dentro de la explosión demográfica mundial.

En 1955-56 una expedición arqueológica dirigida por Thor Heyerdahl permaneció durante cinco meses en la Isla y el popular libro *Aku-Aku*, uno de sus resultados, hizo fijar en ella la atención del mundo entero. Poco a poco empezó a reconocerse que este pequeño territorio contenía potencialmente, el más extraordinario museo al aire libre de la historia polinésica que pudiera encontrarse en parte alguna. Aún así, parecía poco probable que muchos visitantes se lanzaran a atravesar las enormes distancias requeridas para ver la más aislada de las islas. El único barco de suministros, que por entonces hacía el viaje una vez al año, podía transportar muy pocos pasajeros fuera de los necesarios para el desempeño de alguna labor específica. Sin embargo, la parte de la historia que allí se ilustra presentaba tal interés que en 1960 la Universidad de Chile envió a Gonzalo Figueroa, uno de sus arqueólogos, y al autor de este artículo, para hacer experiencias en relación con el problema de la restauración de

monumentos y para determinar si dicha labor podría realizarse a un costo razonable. Durante ese año, el *Ahu a Kivi*, orientado hacia el equinoccio, con una plataforma de aproximadamente 90 metros de largo que servía de soporte a siete estatuas de unas dieciséis toneladas, quedó completamente restaurado. Las estatuas se volvieron a levantar, no recurriendo a los equipos pesados, sino por métodos similares a los utilizados por los constructores de la prehistoria isleña. También se reconstruyó el *Ahu Vaiteka*, más pequeño. Este experimento produjo, de una pila de escombros, el primer *ahu* intacto de la Isla de Pascua que verían nuestros tiempos e impresionó a los habitantes, muchos de los cuales dieron muestras de verdadera emoción ante la evidencia visual de las capacidades y logros de su pasado. El mérito artístico y arquitectónico del *Ahu a Kivi* en particular, subrayó el interés por continuar estos trabajos y, en consecuencia, el presidente de Chile solicitó que la División de Museos y Monumentos de la UNESCO enviara una comisión a objeto de desarrollar planes de conservación y restauración en gran escala, los que, en efecto, quedaron preparados para convertir la Isla en un museo a cielo abierto, al propio tiempo que se proyectaban unos 30 años de labores de prospección, investigación, estabilización y restauración.

El propio aislamiento de la Isla proporcionó de paso la solución al problema de acceso de visitantes, puesto que siendo la única tierra en esta parte del mundo, se la consideró como escala esencial de los vuelos transoceánicos del sur del Pacífico que unen a Sudamérica con Australia y el suroeste de Asia. Esta base forjaría el último eslabón en las rutas aéreas que circundan el hemisferio sur. En abril de 1966 la empresa LAN Chile inauguró sus vuelos semanales a la Isla, los cuales ahora continúan hasta Tahiti para hacer conexión con otros lugares más hacia el oeste. Actualmente hay dos vuelos regulares por semana. Un número considerable de turistas que ha empezado ya a contemplar el Ombligo del Mundo —muchos de ellos como parte de sus viajes transpacíficos— resultan portadores de entusiastas versiones de lo que allí han visto.



Parte de la arruinada plataforma central de Ahu Tahiri, en Vinapu, que exhibe el ajuste más preciso en su sillería de toda la Isla. La albañilería de esta estructura ha dado lugar a frecuentes especulaciones sobre una posible relación con culturas de la región central andina. (Foto G. Figueroa).

Tales contactos y las posibilidades de muchos más en el futuro, hacen imperativo que se aceleren los trabajos de conservación y restauración, así como la implantación de todas las medidas habituales para la recepción de visitantes. El Fondo Internacional para Monumentos (International Fund for Monuments, Inc.), con la ayuda parcial de la Universidad de Wyoming y la Fundación Nacional de Humanidades (National Endowment for the Humanities), de los EE.UU., está trabajando en cooperación con la Oficina Nacional de Planificación y la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos de la República de Chile. Un grupo de investigadores de terreno dirigido por el autor ha estado realizando labores en la Isla intermitentemente, desde 1968 hasta la fecha. Está en ejecución una prospección arqueológica exhaustiva que proporcionará el inventario exacto de los sitios, y las necesidades de conservación de miles de monumentos. Aunque incomple-

to¹, este estudio ha registrado entre los monumentos espectaculares, un inesperado número de poblados y establecimientos familiares hasta ahora inadvertidos. Estas viviendas tan próximas entre sí y abandonadas desde épocas remotas, revelan sin palabras el uso prehistórico intensivo de la tierra y la existencia de una población desesperada por la productividad agrícola. Informaciones de este tipo clarificarán el aún enigmático interrogante sobre el máximo de población con que llegó a contar la Isla.

Este grupo de expertos también restauró casi completamente el espectacular centro ceremonial de Tahai, al norte de Hangaroa, población moderna de la Isla en la costa occidental, y en él se pueden ver restaurados los tres *ahu* llamados Ko te Riku, Tahai y Vai Uri que, en total, muestran siste estatuas gigantes-

¹Este inventario arqueológico se prosigue hoy ininterrumpidamente.

cas, la mayor de las cuales pesa más de veinte toneladas y ostenta un *pukao* o tocado de escoria roja. Dentro de este conjunto y relacionadas con él, existen muchas estructuras menores, tales como una rampa pavimentada para traer a tierra las canoas, cuevas revestidas de mampostería, cimientos de viviendas y otras cuyo propósito aún resulta enigmático. Más recientemente han quedado restaurados el Ahu Huri a Urenga, al este de Hangaroa y otros dos cerca del Ahu a Kapu, en la costa occidental. Estas restauraciones, junto con las anteriores, nos hacen pensar en el *mana* que antaño se consideraba fuente de inextinguible poder sobrenatural. Pues bien, aquí continúa existiendo quizá como un homenaje a la memoria de una sociedad ambiciosa y vigorosa que se esforzó, y que llegó a una distancia infinitesimal del fracaso.

Sin embargo, el fracaso no fue total. Tal vez el *mana* de las estatuas aún sigue velando por los suyos. No hay duda que de los 111 sobrevivientes del año 1877 ha surgido una nueva comunidad isleña al menos tan vigorosa, ambiciosa e inteligente como fuera la de sus antepasados prehistóricos. El desarrollo actual revela el comienzo de un segundo acercamiento a un periodo óptimo, tal vez similar al anterior de la gran batalla del Poike. Los isleños gozan de una prosperidad mayor de la que tuvieron durante largo tiempo. Todos trabajan con entusiasmo; se han construido caminos en muchas partes de la Isla, se ha terminado una pista de aterrizaje adecuada para la aeronavegación actual y está funcionando un hotel de sesenta habitaciones. Hangaroa cuenta con una excelente escuela nueva, y un considerable número de jóvenes isleños están siendo enviados a Chile continental para recibir una educación de más alto nivel. Muchos de los adelantos técnicos, desconocidos hasta hace poco, como el agua potable de cañerías, electricidad y grabadoras, están ahora al alcance de todos. Cualquiera que sea el significado de ello, el prolongado aislamiento de los isleños ha llegado a su fin. Ahora forman parte irrevocable del siglo XX. Así, también el problema de su supervivencia se ha integrado al de todo el mundo.

Con la introducción de una economía monetaria, surgen aspiraciones y otros efectos del contacto exterior y emerge claramente un serio imperativo. La extrema lejanía de la Isla y las limitaciones de su pequeño ámbito, hacen que sea muy difícil producir y comercializar competitivamente algún producto capaz de mantener suficientes ingresos económicos, como para asegurar a los isleños un nivel de vida adecuado a nuestro siglo. La crianza de ovejas ha resultado antieconómica a la vez que acarrea devastadores problemas de erosión. La pesca sistemática, especialmente del atún, puede ser eventualmente una solución parcial, aunque la falta de buenos fondeaderos plantea una dificultad. El cultivo del café y otros productos podría ayudar. Sin embargo, como un todo, el problema no parece ser fácil de resolver en lugares con estas características.

Los chilenos están orgullosos e interesados en este pequeño segmento de la Polinesia, que, inesperadamente llegó a formar parte de su país. En años recientes su gobierno ha entregado fuertes subsidios para el desarrollo de la Isla. Sin embargo, como en cualquier parte del mundo, si su pueblo ha de alcanzar una vida digna y completa, la Isla deberá lograr mantenerse por sí sola.

Pareciera que otra vez más se deberá confiar en el antiguo *mana* de las estatuas para sostener el bienestar de esta aislada comunidad. En verdad el futuro económico que más claramente se vislumbra surgirá de una nueva forma de dependencia de los monumentos de su esplendoroso pasado, convertidos en atracción turística. Afortunadamente ellos tienen algo valioso y único que ofrecer en este aspecto y que es tan accesible como pueda hacerlo una importante ruta aérea a través del Pacífico.

Sin duda que la Isla representa en potencia, considerando todos los aspectos, el más espectacular museo al aire libre que pueda encontrarse en toda la Polinesia. No sólo ilustra un único trozo de la prehistoria polinesia, sino además, para un visitante reflexivo tiene el profundo significado teórico de ser tal vez, el mejor ejemplo en el



A la izquierda: estatua y plataforma central de Ahu Huri a Urenga al este de Hanga-Roa, que fue restaurado en 1972. La estatua, relativamente pequeña y de forma clásica, pesa alrededor de diez toneladas. Su cabeza se quebró cuando fue derribada en tiempos prehistóricos y ha sido restaurada con barras de bronce.

A la derecha: un ahu ubicado cerca de Ahu a Kapu en la costa occidental de la Isla que fue restaurado en 1972. Sus alas laterales tienen la forma de un techo de dos aguas, lo que es excepcional.

mundo, del desarrollo de una cultura compleja dentro de un gran aislamiento.

Más allá de sus atractivos primordiales arqueológicos, la Isla tiene muchos otros que ofrecer al turista; es simplemente un lugar donde vale la pena estar. La pesca, la equitación, las caminatas y el acampar, pueden disfrutarse dentro de un medio único y agradable, en compañía de un pueblo que, como polinesios al fin, son probablemente los anfitriones más espontáneos y sinceros, y la mejor y más acogedora compañía que se pueda dar en parte alguna.

Con estas ventajas esenciales, el futuro económico de los isleños debería de estar asegurado, y es posible que lo esté. El turismo ya empieza a desarrollarse. Varios grupos de isleños se han unido proporcionando vehículos de transporte para visitar los monumentos. Además del hotel de la Isla, muchos isleños han modificado sus casas para recibir huéspedes. Otros tallan figuras en madera dentro de los inagotables motivos tradicionales —objetos de arte, de los cuales algunos tienen un mérito real bajo cualquier punto de comparación. Es-

tas y otras ocupaciones relacionadas, ya han producido un importante ingreso local, aún cuando pareciera que las posibilidades están siendo recién escudriñadas.

Dicha orientación demandará un alto desarrollo futuro. Debido a que los conflictos prehistóricos han dejado a la mayoría de los imponentes monumentos destruidos al punto de hacer inidentificables gran parte de sus elementos arquitectónicos, deberán restaurarse muchos más; no todos, desde luego, ni aún la mayoría, pues un apreciable número de ellos tienen gran encanto y resultan muy instructivos en su estado actual de ruina. Igual importancia ha de darse a las medidas de conservación de estos monumentos en su estado actual, a fin de estabilizarlos como ruinas y para evitar que sean dañados por los visitantes. Los propios isleños deben formar un cuerpo de guías profesionales, familiarizados con los monumentos y con la historia de la Isla, y capaces de hablar los idiomas de los visitantes. Los sistemas administrativos usuales para el control turístico y la protección de monumentos son necesarios. La comu-

nidad, en su totalidad, deberá comprender el fundamental valor económico que representan los monumentos y la necesidad de mantener la Isla como un inalterado lugar de belleza. El Gobierno de Chile está muy consciente de todos estos requerimientos, y éstos se cumplen gradualmente.

Para los isleños el futuro se presenta

tan brillante como indudablemente lo pareciera en el período anterior a la batalla de Poike. Sin embargo, el espectro de la sobrepoblación en este minúsculo territorio es tan poderoso ahora como lo fuera entonces. El antiguo *mana* tendrá que dar un impulso gigantesco de poder y comprensión para poder evitar que se repita la catástrofe.